LA CORRIERA

PAX VOBIS

Cartagena 10 de Agosto de 1918

Semanario Católico con concesión eclesiástica

AÑO XIV

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número cuatro a cinco céntimos

N.º 526

La mujer católica en nuestros días

Muchas veces habrá el lector oído citar las palabras proféticas por Dios Nuestro Señor al crear la primera mujer y en las cuales expresaba el Altísimo la finalidad y la misión confiada a esa también primera madre del género humano. Fueron éstas: No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda a semejanza suya. Génesis, cap. II, vers. 18. A cualquiera se le ocurrirá preguntar por el significado de la frase ayuda que vale tanto como auxilio. Preseindiendo de lo que enseñan las Sagradas Escrituras del Testamento Viejo, solo citaremos un breve pasaje de San Pablo que da la clave del misterio: *Hac est voluntas Dei sanctificatio vestra.* La voluntad de Dios se cifra en vuestra santificación (A los Tesalón. IV, 2). La santificación es pues el gran ideal a que deben encaminarse todos los anhelos, todos los planes, todos los pensamientos, palabras y obras del hombre sobre todo del católico hombre o mujer; los demás afanes, preocupaciones y hasta los negocios y los trabajos, deben revestir el carácter de medios para alcanzar nuestra santificación, mediante el cumplimiento de los preceptos de Dios y de su Iglesia por Él fundada y continuadora y depositaria de los dones, promesas, gracias, luces y auxilios del mismo Dios que nos habió y redimió por medio de su Santísimo Hijo, primer fundamento de esa misma Iglesia.

He aquí, pues, cual sea y cual tiene que ser y debe ser la principal y primaria incumbencia de la mujer cristiana. En primer término debe llevar esa esen-

cial omisión de su sexo en el seno de la familia, cuando Dios la haya llamado a constituir en unión con su esposo esa sociedad santificada por Dios al elevar el matrimonio a la dignidad de sacramento y vincular en ese perpetuo lazo y santa institución las gracias necesarias y los consuelos y auxilios necesarios a fin de que cumplan los esposos los santos fines de dar y de educar hijos para el cielo sin perjuicio de preparar también y precisamente por medio de la santificación cristiana ciudadanos amantes y útiles a la Patria.

La mujer también tiene la palabra, es decir su papel primordial, en la tarea trascendental de cooperar con Cristo y María Santísima a la santificación de los suyos; al efecto debe poner en juego esas prendas de fe, alto recibidas de abnegación, de amor, de paciencia, de constancia, de piedad, de oración y hasta de las lágrimas que a veces logran el milagro de sacar de un lóbrego abismo de culpas a un ser querido y hacerle flotar y así redimirse de la esclavitud del pecado, que es la peor de todas las esclavitudes.

No se limita la misión divina de la mujer cristiana al seno del hogar doméstico. Hoy se ofrece un campo inmenso a la actuación de la mujer católica en la actuación social católica que es donde el enemigo de las almas presenta el combate; comprende esa acción católica social varios sectores como el religioso, el benéfico, a caritativo, el de la enseñanza, el propiamente social o del mundo del trabajo con sus varios aspectos de previsión, socorro, trabajo, mutualidad y cooperación, etc.

¡Cuántos niños, cuántos jóve-

nes de ambos sexos necesitados de cariño, de luz, de la fe, de alientos y de ejemplos esperan en nombre de Cristo las iniciativas de la mujer cristiana sea joven o de edad madura, soltera, casada o viuda! ¡Cuántos pobres de bienes, de instrucción y de salud, también anhelan el alivio de su penosa situación y la entrevén en el alma de la mujer católica, siempre inspiradas en los santísimos deseos, ejemplos y hasta órdenes de los purísimos corazones de Jesús y de María su Purísima Madre.

¡Cuántos desgraciados ya en caminos de perdición espiritual necesitan la mano cariñosa de la mujer católica al efecto de conducirlos de nuevo al redil de Cristo Jesús sin abandonarlos hasta que arriben a las playas santas! Catecismos, Buenas lecturas, Escuelas dominicales, conferencias de San Vicente de Paul, Ajidos, Buena Prensa diaria y periódicas, Sindicatos femeninos y hasta de obreros (con todas sus adherencias) Visitas a enfermos y otras obras a este tenor, están preconizadas en nuestros días por sociólogos, sacerdotes y Prelados.

¡Con qué espíritu deben ir a ese campo las abnegadas mujeres católicas? Con el de la castidad y pureza; con la debida preparación, con la oración, con celo abnegación y constancia y sobre todo animadas por la divina Caridad, por puro amor de Dios y sufriendo todo en aras de este Amor cuyo reflejo es el del prójimo y para ganar el cielo en recompensa.

¡Qué triste es pensar que hay en España el cuarenta por ciento de hermanos nuestros, que no conocen a Jesús Nuestro Bien sino como a uno a quien han sa-

ludado una vez y que tienen prejuicios contra su soberanía y la de la Iglesia Nuestra Madre socórrales la caridad femenina.

Abanicos sacrificados

Quisiera desde estas columnas dirigirme a todas las personas piadosas, a las muy buenas, rogándoles antes no establezcan comparaciones entre ellas y la que escribe; las comparaciones siempre son odiosas, y en estos momentos serían fatales para mí. Perdonadme y dejad que mi consumada miseria se dirija a las almas muy buenas, pidiéndoles depositen sus abanicos ante el trono de María Inmaculada.

Recuerdo que en la memoria que presenté en el Congreso Eucarístico celebrado en Madrid en 1911, abogué por la supresión del sombrero femenino en las solemnidades religiosas, sustituyendo aquella extranjeriza prenda por la clásica mantilla española. Hoy abogo por la supresión de los abanicos dentro del templo del Señor, sustituyendo aquellos por actos de amor de Dios. Las circunstancias se imponen; para despejar el negro horizonte de la triste realidad que nos circunda, es preciso el espíritu de sacrificio, es precisa la mortificación. La oración unida a la mortificación haría brillar el arco iris sobre el cielo nublado de la humanidad pecadora.

Jesús ora, y ora sudando sangre... y nosotros, miserables pecadoras, nos postramos ante su Imagen Crucificada, suscitamos el Santo Sacrificio de la Misa, representación de la triste escena del Calvario, abanicándonos, hociéndonos aire, recreándonos, distrayéndonos y distrayendo a los otros con el ruido que se produce al cerrar y abrir aquellos instru-

PEDRO DOMECCO

Casa fundada en 1730

VINOS Y COÑAC

Jerez de la Frontera

(Representantes en todos los países)